

Richard Finks Whitaker¹
Universidad Autónoma de Guadalajara

La traducción contemplada como una misión

Resumen

Mucho se comenta respecto a la traducción como un arte, una ciencia y una profesión, pero poco se dice sobre la traducción como una verdadera vocación, una labor que espera y exige de los que la llevan a cabo que tengan un fuerte sentido de compromiso, dedicación y perseverancia. El trabajo que aquí se presenta trata de la traducción-interpretación como un oficio que merece contemplarse como una auténtica misión al servicio de la comprensión humana.

Aquí se hace hincapié en el hecho de que los traductores-intérpretes deben de valorar su trabajo como una significativa oportunidad para servir a sus semejantes en su deseo y necesidad de comprender mejor a los demás. Los que ejercen este oficio enfrentan a desafíos constantes, y es preciso que cuenten con la mejor disposición de asumir las múltiples responsabilidades que acompañan su importante labor de facilitar la comunicación no sólo de un idioma a otro, sino de una cultura a otra.

Como ejemplos en el texto que sigue, se mencionan los intérpretes de los primeros encuentros en México entre el Viejo Mundo y el Nuevo, y se relata una anécdota sobre el joven hablante nativo del maya, originario de la península de Yucatán, quien se convirtió en el primer *traductor*-intérprete de dicha región. También se abarca el tema de las imágenes reveladas por medio de la digitalización computerizada de los ojos de la Virgen de Guadalupe, el descubrimiento de las cuales resalta el mensaje que los traductores-intérpretes, como las otras personas que se dedican a ayudar a la gente en busca de sentido y significado en la vida, se comprometen a una actividad laboral con carácter de misión.

¹ rfinks@uag.mx

En su forma tanto oral como escrita, la traducción puede considerarse de varias maneras: como un arte, por la sensibilidad con la que tiene que llevarse a cabo y por los toques de inspiración que en los mejores de los casos iluminan su realización; como una ciencia, por la precisión y corrección que se requieren en la transmisión fiel de un idioma a otro de las ideas encapsuladas en las palabras del original; y como un oficio y una carrera, por el profesionalismo con el que es preciso cumplir con la labor que el traductor al igual que el intérprete asume al comprometerse a ejecutar los trabajos con la calidad, confiabilidad y ética esperadas.

Pero la traducción también puede apreciarse como algo más que una actividad artística, científica y profesional. De hecho, tal vez sea más adecuado describirla y valorarla como lo que sobre todo debe de ser y muy a fondo es: una misión: una oportunidad, a la vez grande y humilde, para que el traductor sirva a sus semejantes y, por lo tanto, a la humanidad y —¿por qué no decirlo?— a Dios, que nos ha traído a la tierra para compartir todos juntos, por cada momento que nos toque disfrutar de ella, la vida que Él, en su bondad y sabiduría infinitas, ha tenido a bien brindarnos.

Cualquier trabajo que se lleva a cabo de buena conciencia y con un sentido de compromiso cuenta por ende con sus aspectos de una misión. Si el traductor entra a su labor con el entusiasmo y vigor de los que tienen una verdadera vocación —si trabaja con el propósito, declarado y firme, de servir— se convierte en siervo digno de elevar su trabajo cotidiano —por pequeño o grande, sencillo o complejo, fácil o arduo que sea— a una gran labor merecedora de lo mejor que pueda darle de sí mismo.

Al traductor que con seriedad se entrega a su labor, no es necesario subrayarle la importancia de «echarle ganas» al trabajo. El traductor-intérprete que cuenta con vocación y buena formación sabe bien la importancia de enfrentar con responsabilidad los desafíos de su superación académica y profesional. No obstante, lo que hasta al traductor más preparado sí le sirve contemplar y recordar, al entregarse plenamente a su carrera, es la naturaleza tanto divina como humana de la misión a la que sus habilidades y esfuerzos le comprometen a dedicarse.

Hace unos cuarenta años, el influyente pensador Marshall McLuhan (1965, p. 7) dijo que «el medio es el mensaje»². Si se retoma la metáfora, puede con cierta confianza decirse que el *medio* de la traducción-interpretación lleva implícito en ello siempre el *mensaje* de la comprensión: la misma meta que hace siglos motivó a nuestros antepasados a iniciar la construcción de la Torre de Babel, para acercarse más a Dios y así comprender todo mejor. Pero al tratar de ascender hasta el cielo, los antiguos babilonios se equivocaron en pensar que la proximidad física a Nuestro Creador equivale a un acercamiento a la comprensión divino. Según la Biblia, cuando Dios derrumbó dicha Torre, los babilonios se encontraron en los escombros de su ilusión, no sólo igual de lejos de su objetivo de entender más y mejor, sino menos capaces que nunca de captar lo que querían comprender. Ahora ni pudieron comunicarse entre sí; el idioma —singular y único— que antes todos hablaban y entendían de repente se había convertido en las miles de lenguas distintas que todavía se hablan y aún complican la comprensión aquí en la tierra.

Puede tomarse como un castigo la aparición repentina de toda la miríada de idiomas del mundo, pero quizás sería más acertado considerarla como el «medio» y el «mensaje» de Dios, señal y mando a la vez. La comprensión que al ser humano le toca buscar no es con la que únicamente cuenta Dios. En busca de ella no hay que construir rascacielos para tratar de llegar a la gloria. La comprensión a la que el ser humano debe de aspirar puede encontrarse aquí mismo, en nuestro alrededor, tan a la mano como los gestos que utilizamos para expresarnos, y tan cerca como las bocas de nuestros semejantes, por distintas que sean las lenguas tan variadas que empleen (Finks 2002, pp. 45 y 48).

Acá en tierra firme, la misión no sólo del traductor-intérprete sino de cada ser humano es de ir en busca de la comprensión y andar fomentándola entre nosotros mismos.

²Con el propósito de su inclusión en esta ponencia, todas las citas directas originarias de fuentes en inglés —si no van acompañadas por una indicación al contrario— han sido traducidas al español por Richard FinksWhitaker, como es el caso de la frase aquí citada.

La Lic. María de la Luz Fernández Jiménez, egresada de la Maestría en Traducción e Interpretación Inglés-Español de la Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG), actualmente se encuentra investigando más a fondo el tema de la relación entre las ideas de McLuhan y el arte de interpretar. Es gracias al interés que la licenciada le ha despertado en dicho tema que el ponente se anima a tratar aquí la metáfora de McLuhan.

Nuestras lenguas son el *medio* que en sí es el *mensaje* que la comunicación es la manera —indicada y brindada por Dios— para llegar a la iluminación que comprender más plenamente representa. En su variedad y complejidad, los idiomas nos acuerdan diariamente de las dificultades que complican esta misión, pero también les abren el paso para que los traductores-intérpretes tengan cada día más oportunidades de servir a la gente y, de esta manera, a Dios.

La vocación del traductor-intérprete lleva siglos de practicarse en la tierra. De la historia de los primeros encuentros entre el Viejo Mundo y el Nuevo aquí en México, por ejemplo, surgen los nombres de cinco intérpretes. Todos ellos facilitaron en la península de Yucatán los primerísimos acercamientos de los españoles y los mayas. Al principio, entre los españoles había dos indígenas conocidos como Melchorejo y Julianillo, cuyo servicio como intérpretes —o «lenguas», como en el castellano de aquella época se refería a quienes les tocara la tarea de interpretar (Díaz 1994, pp. 52, 161,...)— resultó apenas adecuado, duró muy poco y los convirtió básicamente en pintorescos pies de página de la historia de la Conquista. Entonces seguían dos conquistadores, náufragos ambos: capturados, esclavizados y después librados. Uno de ellos era Jerónimo de Aguilar, clérigo que con entusiasmo sirvió a Hernán Cortés como intérprete por gran parte de su campaña. El otro, Gonzalo Guerrero, de hecho rechazó la petición de Cortés de colaborar con él en un papel lingüístico; rápidamente aculturado al mundo maya, Guerrero logró su lugar en la historia mexicana no como intérprete sino como el «Padre del Mestizaje» (Herren 1994, pp. 13-27; Díaz 1994, p. 44). Y, por supuesto, entre estos cinco personajes figuró la famosa «lengua» Malintzin: llamada Malinalli de niña, bautizada Marina de joven y recordada por siempre (debido a una equivocación que ocurrió por una falla de comprensión) como la «Malinche». (Dicho apodo se empleaba originalmente por los indígenas para referirse al mismo Cortés —a «él que Malintzin anda acompañando»— y no a su intérprete [Herren 1994, pp. 28-36; Díaz 1994, pp. 128, 145 y 153].)³

³Como atestigua Bernal Díaz del Castillo (1994, p. 129): «[...] en todos los pueblos por donde pasamos y en otros en donde tenían noticia de nosotros, llamaban a Cortés Malinche [...] Y la causa de haberle puesto este nombre es que como doña Marina nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, [...] y ella lo declaraba en la lengua mexicana, por esta causa le llamaban a Cortés el capitán de Marina y para más breve le llamaron Malinche [...]».

Pero existía un sexto individuo poco comentado en la historia de este país mas no por eso menos significativo. Gaspar Antonio de Herrera Chi (Karttunen 1994, pp. 92, 84-114), mejor conocido entre la gente de su pueblo como Chi Xiu (Klōs 2009, párr. 1) era un joven maya que logró ser no sólo intérprete sino el primer *traductor*-intérprete de la región (Karttunen 1994, p. 84)⁴ y, por lo tanto, entre los primeros practicantes de ambos oficios, la traducción y la interpretación, en todo el hemisferio. Los conocimientos y las habilidades de Chi lo hicieron invaluable al fray Diego de Landa, que solicitó la ayuda del joven para poder entender mejor una de las grandes inquietudes y pasiones del fraile: la compleja escritura maya (Clanon 1996, sección Maya Epigraphy, Lesson Two, párr. 2)⁵.

Como suele suceder hasta en nuestros tiempos, al buen traductor-intérprete a veces también le tocaba colaborar en calidad de maestro de lenguas. De Landa suponía (equivocadamente) que la lengua maya contaba con un abecedario, como era el caso del español y de los demás idiomas europeos, y pidió que Chi le orientara al respecto, letra por letra.

Hay una anécdota al respecto contada por Paul Clanon (1996, sección Maya Epigraphy, Lesson Two, párr. 3-5), conocedor de la epigrafía maya, un relato tan ilustrativo que conviene recontarlo aquí:

⁴Karttunen cita las palabras de Frans Blom (1936, p. 103) de *The Conquest of Yucatan* (Boston: Houghton Mifflin): «En la eventual conquista de Yucatán [Chi] ocupó el mismo lugar que ocupó doña Marina en la conquista de México». Gretchen Whalen (s.f., sección The Author, párr. 1) identifica a Chi como «el maya más culto del siglo XVI»; además, cita al editor literario de *Landa's Relación de las Cosas de Yucatán* (Cambridge: Papers of the Peabody Museum, 18), Alfred M. Tozzer (1941, p. 45), según quien Chi era «el primer indígena que aprendió las lenguas español y latín».

⁵El autor de esta ponencia primero se enteró del artículo de Canon por medio de las investigaciones llevándose a cabo por el Lic. Ismael Ignacio Chuc Piña, entonces estudiante y ahora egresado de la Maestría en Traducción e Interpretación Inglés-Español de la UAG. Al Lic. Chuc se le agradece la gentileza de compartir la fuente aquí citada.

Los siguientes cinco párrafos de la ponencia siguen en forma de paráfrasis el texto del artículo original (Clanon 1996, sección Maya Epigraphy, Lesson Two, párr. 1-5).

Un día hace quinientos años, el fray Diego pidió a Chi, su traductor-intérprete y maestro de maya, que le escribiera en su idioma natal la equivalencia de la palabra española «le». Para ayudarlo, de Landa le comentó que dicha voz en español consistía en dos letras. «Ele, e... le», le dijo el fraile. Así es que Chi escuchó cuatro sílabas y por lo tanto escribió cuatro jeroglíficos mayas: para la «e», hizo un dibujo con apariencia de una cara con expresión de sorpresa; para la «le», dibujó una figura como una tortuga mirando hacia la izquierda; y una vez más, la cara sorprendida, seguido por la tortuga viendo a su lado izquierdo: «e... le... e... le»... De Landa se quedó mirando los jeroglíficos, confuso. Chi, no menos perplejo, se quedó mirando al fraile.

Pues, seguían con la lección... ahora con la palabra «ha» de *haber*. En voz alta, de Landa deletreó el monosílabo, y debidamente Chi se esforzó a apuntar en jeroglíficos lo más parecido a lo que escuchó. «Ha», dijo el fraile; «ache, a —*ha*— ». Bueno pues, como era de esperarse, esto resultó aún menos claro. Ahora el español y el maya se quedaron mirándose, ambos igualmente turbados.

Así frustrado en sus intentos de comprender, de Landa en desesperación le dijo a Chi que le escribiera *cualquier cosa* en maya y que le dijera cómo se pronunciara. Clanon nos dice que lo que sucedió entonces «nos llega a través de cinco siglos como la expresión por excelencia de las relaciones coloniales [...]

Dos hombres confusos y agitados, ambos bien instruidos y [“alfabetos”, como se dice en español:] conocedores de sus propios sistemas de escritura. Uno era conquistador; el otro, conquistado. Cada uno [momentáneamente] aturdido y alterado. Hasta la comunicación más básica, una redacción tan sencilla como la de que se trata en el kinder, les parecía complicadísima, impenetrable en sus misterios. *Que escribas algo*, dijo el conquistador, ya cansado y molesto [por tener tantas ansias de comprender]. [Y] Chi [su traductor-intérprete-maestro, igual de enfadado, entonces] apuntó: *ma in kat* [lo que en maya significó:] “NO QUIERO”» (Clanon 1996, sección Maya Epigraphy, Lesson Two, párr. 5).

Sea lo que sea el idioma, el sentimiento de «no querer» es algo que cualquier persona puede entender bien. No sólo en el ejercicio de los oficios sino en los quehaceres de la vida cotidiana, cada ser humano experimenta momentos duros, instantes en los que los sinceros deseos de cumplir se frustran, todo se complica y le parece que lo que se propone a hacer es, si no imposible, cuando menos nada fácil y, por el momento, ni grato ni gratificante.

Pero cuando la gente se compromete con su vocación —cuando cuenta con una verdadera misión a cumplir— aunque a veces llegue el momento del «NO QUIERO», siempre hay una obligación implícita en el compromiso: un «TENGO QUE» que le impulsa a tomar un paso por delante... y de allí a seguir con todos los demás pasitos que sean necesarios para llegar al «YA, LO LOGRÉ». El joven maya Chi, a pesar del peso de los retos que le enfrentaran, no dejó de persistir en brindar sus servicios lingüísticos al fray Diego de Landa. De hecho, Clanon (1996, sección Maya Epigraphy, Lesson Two, párr. 7) afirma que «el abecedario que de Landa logró elaborar» —gracias, por supuesto, a la indispensable ayuda de Chi— «resultó ser por 500 años la más científica y útil transliteración maya-europea en existencia» y llegó a conocerse como «la piedra de Roseta de la ortografía maya».⁶

El traductor que se dedica a prepararse de manera formal, académica y profesional asume la responsabilidad de investigar cómo resolver significantes problemas de la traducción-interpretación e incluso aplicar sus talentos y habilidades a la ampliación y generación de los conocimientos en este campo, todo con el propósito de mejorar la calidad de la comunicación y así fomentar la comprensión entre los hablantes de los distintos idiomas que se hablan en el planeta. Al ejercer su oficio, el profesional de la traducción-interpretación pone en práctica todo lo que sabe de los idiomas y de las culturas en las que se encaja su más pleno significado, para que la transferencia de las ideas de una lengua a otra sea la más exacta posible. Son metas que muestran claramente que los traductores-intérpretes comprometidos a su labor deben contar con un firme sentido de auténtica vocación.

⁶Según la Dra. Kathryn Josserand, investigadora de la antigua escritura de los mayas, la información recopilada por de Landa —de nuevo, con la ayuda de Chi— «nos ha proporcionado el 70 por ciento de lo que sabemos de la fonética de la lengua [maya]» (MacQueen 1994, invierno, párr. 15).

Entregarse a una misión tan noble raras veces trae al traductor grandes fortunas o le lleva a la fama. De hecho, cuando uno traduce, si lo hace bien, ni se notan las huellas del traductor en los textos a que con tanto cuidado le pone la mano. Cuanto más se lleva a cabo exitosamente su labor, tanto más se queda tan sumergido en las ideas por detrás de las palabras que utiliza que éstas suenan y lucen como si fueran todas ni más ni menos que las del autor original. Lo mismo sucede en la interpretación oral como en la traducción escrita: las palabras que se dicen, si se eligen con destreza, salen como si estuvieran emitiéndose directamente del orador, y no pasándose por el oído, la mente y la boca de un intermediario.

Como es el caso de la mayoría de las personas que trabajan al servicio de los demás, es parte de la labor del traductor-intérprete mantenerse de «bajo perfil» y, en cuanto se pueda, fuera de vista. El profesional de la traducción-interpretación se hace casi desvanecer, por no querer llamar la atención, y se contenta con pasar ni advertido. Vive por detrás de las letras de las hojas, en el anonimato de la cabina, y lo mejor que lleva a cabo su trabajo, lo más invisible llega a ser. A veces, cumple tan bien con su oficio que podría imaginar que ni se nota que existe. (No es para nada que la labor del traductor se caracteriza por ser solitaria, pasada por alto por muchos y a veces hasta despreciada por algunos.) Pero no sucede que se desaparezca por completo. Porque de alguna manera está, si no en los ojos del mundo que sirve, entonces sí siempre en la mira de Dios.

En el Foro Internacional Fe y Ciencia que se llevó a cabo en la Universidad Autónoma de Guadalajara a principios de octubre de 2004, el ingeniero y doctor en filosofía José Aste Tönsmann, originario del Perú y miembro del Centro de Estudios Guadalupanos de México, expuso los resultados de sus investigaciones sobre la tilma de Juan Diego (Aste y Vargas 2004). Dentro de sus muchas revelaciones asombrosas surgió un dato que puede considerarse como una confirmación incontrovertible de que hay que reconocer la labor del traductor-intérprete como una verdadera misión.

Según el Dr. Aste, el análisis científico logrado por la ampliación por digitalización de las corneas y pupilas de Nuestra Señora de Guadalupe revela que allí quedan grabados

—como si fuera el manto una «foto instantánea»— imágenes de varios personajes que estaban presentes en el momento en que la Virgen hizo su aparición: En las corneas de Nuestra Señora hay figuras identificables como un sacerdote, un español, una mujer, un indígena con tilma... y, a lado del sacerdote, con su boca cerca de la oreja del prelado, su intérprete (Aste y Vargas 2004; *La tilma* [...] 2005, sección 1, párr. 4-6). Son imágenes tan microscópicas —de «la ¼ parte de un millonésimo de milímetro» (*La tilma* [...] 2005, sección Investigaciones científicas realizadas [...], párr. 6)— que no saltaron a la vista hasta que se llevaron a cabo los estudios computerizados que únicamente los últimos avances tecnológicos hayan podido lograr. Y allí está: un intérprete en los ojos de la Virgen de Guadalupe.

Se sabe quién era aquel intérprete. Se llamaba Juan González, e hizo posible la interpretación de lo que Juan Diego le contó al obispo fray Juan de Zumárraga (*P. Juan* [...] s.f., sección Breve biografía; Rivera 2003) respecto a los sucesos milagrosos en el cerro de Tepeyac un 9 y 12 de diciembre de 1531 (Musacchio 1989, p. 782). Ha pasado casi medio milenio desde la aparición de la Virgen, y únicamente ahora estas imágenes salen a la luz, gracias a la tecnología y a la fe y dedicación de un investigador creyente con su propio sentido de misión.

Todo esto es un milagro y un misterio —algo más allá de la comprensión humana— pero no por eso menos real. Percibido o no, lo milagroso está siempre a nuestro alrededor.

Como nos recuerda la destacada escritora católica Flannery O'Connor (1969, p. 157), «San Agustín escribió que las cosas del mundo surgen de Dios de una manera doble: intelectualmente hacia las mentes de los ángeles y físicamente hacia el mundo material». De ser así, es sólo natural que todo mundo —los traductores-intérpretes entre todos los demás seres humanos— nos encontramos con los pies en la tierra y la cabeza no en las nubes sino inclinada hacia las alturas. Aspirar es lo que motiva a cada persona siempre a tomar los pasos que le llevan adonde quiere llegar. Es la aspiración —el mismo impulso que inspira el compromiso de cada misión verdadera— que les atrae a

su profesión a los traductores-intérpretes más dedicados, y aspirar es lo que les permite persistir en su difícil labor de servir.

Si en los ojos de la Virgen de Guadalupe hoy puede notarse la imagen de un intérprete, ¿hay quien puede ahora dudar de que siempre en la mira de Dios se encuentra cada siervo comprometido con su vocación? Para el creyente, la pregunta sale sobrando. Para el traductor-intérprete, la respuesta debe de ser tan reconfortante como lo es retadora y comprometedora.

«La felicidad», dijo un sabio, «consiste en abrazar alguna vocación que satisfaga al alma» (Riba 2003, p. 42)⁷. Para lograr sus objetivos más nobles, es preciso que el traductor, como cualquier persona que aspira y labora a servir, abrace su misión. Le puede traer tantas satisfacciones como los retos que abundan en el oficio. Pero, para que cualquier misión diera los frutos deseados, es vital que le brinde satisfacción al alma de quien la realice. Todo texto a traducir, cada interpretación a llevarse a cabo, trae consigo múltiples desafíos, un sinnúmero de pruebas de la autenticidad de la vocación del traductor-intérprete: retos que, al entrar al trabajo, se compromete a afrontar repetidas veces. Enfrentarlos con entusiasmo es un primer paso. Abrazarlos con dedicación es clave no sólo para el éxito, sino para la felicidad.

Como cada ser que vive y trabaja aquí en la tierra, el traductor-intérprete labora en la mira de Nuestro Señor... y lo que toda persona logra depende de que Dios le guíe y le bendiga. Para el profesional de la traducción-interpretación, su conciencia de su misión le ofrece una prueba contundente de que abraza una labor digna de trascender a lo cotidiano. Aspirar a hacer una aportación significativa al servicio de la comunicación y la comprensión humana es «chambear» con todo el arte, la ciencia y el profesionalismo que pueda uno llevar a la tarea. Pero no es sólo eso. Es laborar bajo la inspiración de los ángeles y como Dios manda, con la misericordia y bendición —y siempre en la mira— del Señor, omnisciente y omnipresente.⁸

⁷La cita directa —dada en español en la fuente indicada— se atribuye al Sir William Osler.

⁸Esta ponencia procede —de manera adaptada, ampliada y actualizada— del discurso dado por el autor el 11 de diciembre de 2004, con motivo de la graduación de la 13ra generación de la Maestría en Traducción e Interpretación Inglés-Español de la Universidad Autónoma de Guadalajara. De la ponencia aumentada tomó forma la exposición en inglés «Translation as a Mission», dada como conferencia magistral el 23 de

REFERENCIAS

Aste Tönsmann, J., y Vargas de la Torre, Manuel. 2004: Significado histórico-teológico de Nuestra Señora de Guadalupe. Ponencia dada el 9 de octubre de 2004, en el Foro Internacional Fe y Ciencia «Sagrada Eucaristía y Virgen María», evento llevado a cabo del 8 al 10 de octubre de 2004, en la Universidad Autónoma de Guadalajara.

Clanon, P. 1996, January 22: Lessons in Maya Calendrics and Writing. Recuperado el 14 de noviembre de 2005, de <http://www.well.com/user/pac/maya/mayacal.html>

Díaz del Castillo, B. 1994: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. 16a ed. México, D.F.: Porrúa.

Finks Whitaker, R. 2002: Translators'/Interpreters' Historic Blunders Along the Frontiers of Languages and Cultures. *ATA Chronicle* (XI-XII-02), pp. 44-50.

Herren, Ricardo. 1994: *Doña Marina, la Malinche*. México, D.F.: Planeta.

Karttunen, Frances. 1994: *Between Worlds: Interpreters, Guides, and Survivors*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.

Klōs, Stan[ley L.]. 2000: Virtual American Biographies: Antonio Xiu Gaspar. Citando a: Looby, J. 2001: *Edited Appleton's Encyclopedia*. Basado en: Wilson, J.G., Fiske, J., and Klōs, S. (Eds.) 1887-1889 y 1999: *Appleton's Cyclopedia of American Biography*. Recuperado el 14 de noviembre de 2005, de <http://www.famousamericans.net/antonioxiu Gaspar>

La tilma de Juan Diego. 2005: Recuperado el 16 de noviembre de 2005, de <http://es.catholic.net/imprimir/index.phtml?ts=3&ca=333&te=1574&id=12567>

MacQueen, Kim. 1994, invierno: The Link of Language: Decoding the Maya Message. *Research in Review*. Recuperado el 14 de noviembre de 2005, de http://mailer.fsu.edu/~research/RinR/Winter_93.html

McLuhan, M. 1965: *Understanding Media: The Extensions of Man*. New York: McGraw-Hill.

Musacchio, Humberto. 1989: *Diccionario enciclopédico de México*. México, D.F.: León. 4 ts.

O'Connor, Flannery. 1969 (11a reimpresión, 1983): Novelist and Believer. *Mystery and Manners: Occasional Prose*. Sel. y ed. Fitzgerald, Sally, y Fitzgerald, Robert. New York: Farrar, Straus y Giroux. Ver pp. 154-68.

P. Juan González: *Siervo de Dios*. s.f.: Recuperado el 16 de noviembre de 2005, de <http://www.arzobispadomexico.org.mx/Causas%20de%20los%20Santos/Biografias/PJuanGonzalez.htm>

Riba, Lidia María, ed. 2003: *Un regalo para el alma*. 7a ed. Buenos Aires: Vergara y Riba.

Rivera Herrera, Hugo. 2003: La Virgen de Guadalupe toma el rostro mestizo del pobre. [Versión electrónica]. *Boletín Marista*, 111, (11-XII-03). Recuperado el 16 de noviembre de 2005, de <http://www.ahoraus.com/Rel121103VigenGuadalupe.htm>

Whalen, G. s.f.: An Annotated Translation of a Colonial Yucatec Manuscript: On Religious and Cosmological Topics by a Native Author. *Reports Submitted to FAMSI* (Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies, Inc.). Recuperado el 14 de noviembre de 2005, de <http://www.famsi.org/reports/01017/section01.htm>

Biodata

El profesor Richard Finks Whitaker es profesor de tiempo completo en la Dirección de Estudios de Postgrado de la Universidad Autónoma de Guadalajara. Imparte materias de la Maestría en Traducción e Interpretación Inglés-Español, programa del que era uno de los fundadores y en el que, de 1994 a 2001, sirvió en calidad de director. En el transcurso de sus treinta años como educador profesional, ha impartido más de sesenta asignaturas distintas sobre aspectos de los idiomas, la literatura y la lingüística. Son cinco sus libros editados hasta la fecha, y sus artículos profesionales han salido en publicaciones tanto nacionales como internacionales. Ha presentado ponencias y dado conferencias en instituciones y congresos en varias partes de la República Mexicana y en Estados Unidos. De 2001 a 2003, era profesor-investigador de la Universidad de Quintana Roo en su Unidad Chetumal.